

00 Prologo - Da Tripa With 5

Josel Gueta



Capítulo 1

Fue una noche de octubre, el día seis, a las diez con tres minutos, en la cabaña que arrendamos para nuestra única escapada como amigos, los cinco. Estábamos relajados, compartiendo un caño que iba en círculos, cuando Arina, mi favorita especial, rompió el silencio con una idea alocada:

—Oigan, pensaba en el video musical de Saudade. ¿Y si uno de nosotros abre la puerta de una patada, se planta frente al mundo y da un pisotón tan fuerte que todo se vaya a la mierda? —dijo, tirada en el sofá, con su cabello rosado esparcido sobre los cojines. Sus ojos rojos y achinados miraban las tablas del techo, que parecían distorsionarse en colores fúngicos—. Pero que al final haya paz —sentenció, con esa mezcla de ironía y sinceridad que siempre la caracterizaba.

Sus palabras flotaron en el aire, diluyéndose entre el humo del incienso de lavanda que impregnaba la habitación. Era el tipo de idea loca que solo surge cuando las noches son largas, los alucinógenos precisos y las mentes distorsionadas se entregan a la ociosidad.

—Eres una ociosa viciosa, prima —murmuró Zosen desde la esquina, riendo suavemente. Aunque era el más serio de todos, esa noche la dosis le había pegado fuerte—. Después, podemos hacer un plano con todos sus amigos mirando cómo decide mandar todo a la mierda —agregó, sosteniendo un cigarrillo con su mano derecha, la única que le quedaba. Zosen siempre encontraba la manera de dar un toque dramático, incluso con un caño en la mano. Pero a pesar de su seriedad, era un verdadero líder y mi amigo favorito—. Eso le daría un toque épico.

—¿La canción dura dos minutos con cincuenta y cinco segundos? Tendremos que elegir bien el vestuario y el escenario —dijo Laia, mi socia favorita, ajustando su ropa negra que contrastaba con su piel pálida y su cabello color bayo, como el de un caballo. Laia era la aristocracia personificada, obsesionada con detalles que a nosotros, la prole, nos importaban una mierda, pero la queríamos así.

—Hay que pensar en las escenas. Si queremos contar una historia, necesitamos toda la trama —respondió Zosen, volviendo a su rol de estratega.

—Las buenas historias se cuentan en pocas palabras —intervino Laylith, mi persona favorita y la más humana del grupo—. Mostremos el conflicto en las emociones de los amigos, mientras uno de nosotros tiene que ser el malo. —Ella era la que nos mantenía unidos, como si su capacidad para conectar equilibrara nuestra locura colectiva—. Y luego lo hacemos cagar por las molestias —añadió entre risas, tomando el caño de la mano de

Zosen.

El humo del incienso se entrelazaba con nuestras risas y la planificación absurda, creando una energía palpable que nos hacía sentir que estábamos a punto de crear algo único, algo que tal vez nadie más entendería excepto nosotros. Y si ese fuera el caso, sería una buena broma interna.

—¿Podríamos hacer que los amigos del malo intenten ayudarlo mientras los nuestros se oponen a ellos? Un conflicto de intereses clásico —sugirió Zosen, siempre atento a las dinámicas humanas.

—¿Algo así como una red que conecta a varios por un fin dicotómico común? —preguntó Laia, con esa elocuencia que solo ella poseía.

—Oh, ¿hablas de la clásica lucha entre el bien y el mal? Eso ya se ha visto, Aia —intervino Arina—. No, lo que yo quiero es algo más simple, no tan profundo. Ya sabes, malas y buenas decisiones, ruido, explosiones, gritos, llantos, risas... y luego una paz silenciosa.

—¿Y cuántas personas serían en total? —preguntó Laia, haciendo cálculos mentales mientras inhalaba profundamente y exhalaba anillos de humo perfectos—. Recuerda que no tenemos tanto presupuesto, Ari.

—Mmm, somos cinco, ¿no? Podríamos incluir a cinco o seis, o si quieres, ocho, para que se vea equilibrado. Después de todo, nosotros no somos tan interesantes —dijo Arina, mintiendo con falsa humildad—. Que ellos también puedan brillar.

—Lástima que no tengamos más amigos dispuestos a participar. Por ahora, somos solo nosotros cinco contra el mundo —intervino Laylith, con los ojos rojos por el humo y otras sustancias que contrastaban con su piel de ébano—. Vamos a tener que salir a conocer gente.

—¿Piensan en meter más personajes cuando aún no tienen idea de qué tratará la historia? Así solo será un video inconsistente —criticó Zosen, con el caño en la mano, observando al grupo con desaprobación.

-Y quieres meter como trece tramas en un video de menos de tres minutos, esa historia saldrá muy cara, Ari -añadió Laila, quien se negó a fumar más.

—¿Y qué tiene de malo? Las historias son solo el recuerdo que queda en la gente... amigos que aún no conocemos, pero que están por ahí, como personajes secretos de un juego de peleas —dijo Arina, con su extraña mezcla de sabiduría y rareza que siempre la hacía tan especial, mientras

recibía el caño que Laia rechazó.

—No entendí ni una mierda de lo que trataste de decir, pero te salió lindo, prima —respondió Zosen, aspirando lo que quedaba del caño—. ¿Y tú? No has dicho nada —me preguntó, pasándome lo último del caño que había rechazado antes.

Sin decir nada, tomé lo que quedaba y fumé hasta quemarlo todo. Me incliné hacia atrás en la silla, balanceándome en las patas traseras mientras miraba hacia el cielo, expulsando el humo.

—Oye, no lo molestes. Sabes que cuando fuma se atrapa y no pesca nuestras conversaciones —sentenció Laylith en tono irónico, con una pizca de molestia—. Siempre pasa lo mismo.

—No es su culpa que su cuerpo se adapte distinto al de nosotros. Prefiero que se quede mudo a que le dé la locura, como otras veces —agregó Laia, con su acostumbrado pragmatismo.

—Oh, él nos escuchó mejor que nadie —intervino Arina, defendiendo mi silencio—. Sabe que lo que hablamos es serio, y su mente no está divagando. Solo le cuesta concentrarse cuando se trata de relajarse, ¿verdad, mi cielo? —dijo con una sonrisa traviesa, sus ojos rojos fijos en los míos, esperando una respuesta. Asentí lentamente, sin decir mucho más.

Noté la complicidad de sus ojos con los míos, y eso me devolvió un poco a la realidad, trayéndome de regreso con ellos. Así de poderosa era su mirada para mí.

En retrospectiva, siempre pensamos en el pensamiento oportuno o la frase que nos hubiera dado la victoria en discusiones sin sentido. Pero con ella no había necesidad de palabras. Con ellos tampoco, pero lo entendí después, cuando ya no estaban.

En ese momento, cuando mi silencio comenzaba a perturbar la tranquilidad de nuestro refugio:

—¿Y a quién le tocará ser el loco que hará mierda el mundo? —pregunté, tratando de escapar de la respuesta que sabía en el fondo de mi alma.

Todos ellos, mis amigos, al unísono, de manera cómplice, se miraron entre sí y luego me miraron a mí.

—Eso no se pregunta, tontito —me dijo Arina con su tono relajante de siempre—. Tú sabes quién.

—No hay nadie más —acotó Zosen, con su liderazgo calmado.

—Sí, nosotros preferimos ser parte del staff creativo —se desligó Laia con estilo.

—Obviamente, ayudaremos en lo que podamos —ofreció Laylith, como si todo estuviera escrito ya.

—Es una buena idea —dije al final, la única respuesta que pude encontrar en mi mente en ese limbo. Había consumido más de lo que podía manejar y trataba de no dejarme llevar por mis pensamientos. Solo escuchaba a mis amigos planear, sus voces mezclándose con el humo, disfrutando de nuestras pequeñas vacaciones. Quería ser parte de eso también.

—¿Les tinka salir mañana a conocer más gente? Hoy quiero relajarme aquí con ustedes —sugerí, apelando al sentimentalismo del grupo, algo que pocas veces hacía.

—Nadie quiere salir —dijo Arina—. Todos pensamos lo mismo. Además, estamos todos locos. No creo que sea conveniente para nuestros planes salir y evidenciarnos —se rió mientras tosía humo hasta llorar, contagiando a los demás con su cálida locura y envolviendo el aire de esa pequeña cabaña en una nube densa pero agradable.

Ese momento se convirtió en mi recuerdo favorito, pero no el definitivo, ni el último... aún tenía muchos amigos por conocer y muchas historias por contar.

Fin.